



ALAIN BADIOU y FABIEN TARBY, *La filosofía y el acontecimiento*, Amorrortu, Buenos Aires, 2013, 208 pp. ISBN: 978-8461090433

Badiou ha afirmado abiertamente su epicureísmo en conexión con la filosofía del acontecimiento, entendido como el elemento o aspecto de la realidad que introduce y representa lo aleatorio, lo azaroso en tanto que “no se deja organizar por aquello de lo que proviene” (165). En relación con la composición del mundo, el acontecimiento supone la posibilidad (del mundo, léase entre líneas), aunque, aclara Badiou, “no hay acontecimiento del mundo. Hay acontecimientos en el mundo” (166). Sintomáticamente, la filosofía es entonces un mero “ejercicio de transmisión” de algo incomunicable, casi inefable. De manera que la filosofía no es un problema, sino que lo excepcional es la verdad. La filosofía del acontecimiento es, por tanto, materialista en un sentido concreto. Entendida como una meditación sobre la negación, no sobre el nihilismo, la filosofía de Badiou se traduce en una dialéctica entre un sujeto y una verdad específicos como condición de posibilidad del cambio, a diferencia de la dialéctica hegeliana “implacablemente determinista”. No obstante, el azar es equivalente al subjetivismo. Así que la filosofía es la “elevación de la confusión a elevación”, lo que sirve como diagnóstico de la época, lejos de toda trascendencia, en que existe una verdad que puede ser demostrada y realizada por el sujeto que la incorpora. De hecho, conceptualmente, la verdad sería una creación o construcción que corresponde a una específica experiencia existencial de la que habla como la “verdadera vida”. El nuevo materialismo de Badiou, aunque indeterminista, guiado por el azar, es el que declara, refrendado por lo que puede llamarse la verdad matemática, que la ciencia es el único acceso al ser. La tesis principal de la filosofía del acontecimiento de Badiou es que el ser es la infinitud de las multiplicidades; luego no se trata de un ser; y las multiplicidades es todo lo que es, descompuesto en tantas otras multiplicidades, y así sucesivamente, hasta llegar al vacío. Por tanto, las multiplicidades representan el vacío de tal modo que todo aquello que puede realmente concebirse es un compuesto de conjuntos y de elementos a su vez descomponibles. La aspiración de Badiou a la fundamentación de un materialismo, en palabras de Fabien Tarby, “irreductiblemente humano” implica así la aparición de lo humano como el momento de la alteración, el acontecimiento humano, por así decirlo, entendido como la alteración de la situación, donde la situación es la estructura presente de lo real y el acontecimiento es el vacío que subyace a la situación. Por supuesto, el problema es que la estructura omnipotente de la realidad “reprime” la existencia del acontecimiento. En este sentido, el planteamiento de Badiou puede considerarse, en mi opinión, una respuesta a Nietzsche, como posible solución al nihilismo. El sujeto, por encima de todo, fiel al acontecimiento, se vuelve creador, potencia exponencialmente el pensamiento creativo, lejos de seguir siendo un “animal insensato” (187). Así, la filosofía del acontecimiento es el acontecimiento de la filosofía. No se trata de metalingüística. La afirmación de la verdad como hipótesis, la reacción

activa a la situación local como evitación del nihilismo, la desincorporación del ego como acontecimiento existencial vital, el reconocimiento del sujeto como superación del yo sin correspondencia, la reivindicación de un comunismo genérico en respuesta al capitalismo, en definitiva, la síntesis de materialismo e idealismo bajo la aspiración permanente al cambio como ley superior por encima de las leyes, convierten el acontecimiento inmanente en la filosofía de lo trascendente, es decir, de lo posible.

Al partir de aquello que se sabe, del conocimiento de la realidad, la política — que, solapada con la religión, junto al amor, al arte y a la ciencia, configura las dimensiones interdependientes de expresión de la filosofía— consiste en aclarar la “índole de las contradicciones”, culpable de introducir de este modo la idea de enemigo entendido como una visión inaceptable del mundo. Sin embargo, el problema es que no se identifica fácilmente al enemigo, vinculado siempre con el exterior. Llevado al extremo, resulta en la división entre civilización y barbarie, lo que hace imposible la política y por ello el compromiso. Precisamente el engaño reside en que la política distingue entre lo posible y lo imposible, de ahí que el acontecimiento, imprevisible por naturaleza, transforma lo imposible en posible, de acuerdo con “la convicción de que puede surgir una posibilidad distinta de aquello que hay” (26), lo que Badiou llama la idea o el acontecimiento. Ahora bien, de manera contradictoria “la filosofía es el modo propio según el cual la Idea puede gobernar la subjetividad” (79). Da la impresión de que no hay nada significativo en los términos descritos, sino más bien difuso. Todo es cuestión de procedimiento para Badiou. Incluso la filosofía. Hasta tal punto que el acontecimiento se despliega como posibilidad de un “procedimiento de verdad” por oposición a la situación de carácter inevitable. Por tanto, el sujeto político, aislado en el poder, totalmente funcional en su disponibilidad, se encuentra entre el acontecimiento pasado y el acontecimiento futuro, altamente cuestionado en su fidelidad. En un lenguaje concreto actual, la tendencia de la derecha a permanecer homogéneamente en el poder se debe a su capacidad de gestión siempre que la izquierda, que supone una ruptura en busca de la verdad, se enfrenta a problemas irresolubles para ella.

Con esta perspectiva, Badiou ha llamado a la religión la tradición como lo opuesto a la mercancía moderna, y es que el enmascaramiento de la descomposición política por parte de la religión lo lleva directamente a la propuesta de una mancomunidad de Francia y de Alemania como una especie de estado binacional hegemónico europeo a semejanza del caso de Israel y de Palestina. Idealmente, igual que la política apunta a la desintegración del Estado, el amor apunta a la desintegración de la familia: lo que está en peligro es la conservación de lo colectivo y de la especie respectivamente, es decir, la ausencia de amor familiar conduce a un narcisismo colectivo que convierte a la familia en una unidad de consumo en que supuestamente se confunden la gestión de los bienes, el Estado y la familia. Desde el punto de vista de la derecha, el matrimonio sería un “arreglo social”, mientras que para la izquierda es “una fusión trascendente que lo cambia todo pero que conduce a la muerte”. En ambos casos, se trata de un punto de encuentro que, como acontecimiento, conduce a una disyunción, a diferencia de la amistad en que, al carecer de origen, todo es solo encuentro y, por tanto, resulta episódica. Respecto a la presencia del arte, se muestra en la multiplicidad de las artes que niega la universalidad del arte, una de las raíces del relativismo contemporáneo. La paradoja elemental es que el artista, como sujeto puramente empírico, está ausente de la obra porque es un producto de la obra de arte que se caracteriza por la creación de nuevas formas (97), una subjetividad nueva que organiza la autonomía del arte en que, por contraposición a la democratización del arte en la experiencia del arte popular, no se necesita conocer la personalidad del autor para conocer su obra como postulado de la

transformación afirmativa del arte en crítica de la crítica, casi paralelamente a la comprensión de la ciencia, del progreso científico, técnico, como la “posibilidad de expandirse como especie” bajo la amenaza constante del beneficio inmediato que pone en peligro la denominada verdad científica. En conclusión, resulta evidente que en la ontología de lo múltiple de Badiou el otro no significa un problema, sino que la ausencia de relación en el plano del ser, no del aparecer, implica lo que hay “en común” y, por tanto, niega la alteridad.

Antonio Fernández Díez